

canijo. ¿Qué hacía suponer a los exaltados que la sociedad española estaba preparada para realizar una Revolución profunda que situara a nuestro país a la cabeza de los avances políticos de Europa? ¿No se daban cuenta de que dentro de España no existían ni las ideas ni la gente y que los enemigos de dentro y de fuera no iban a permitir tal experiencia? Los clubs llamados patrióticos ofrecían fragancia, pero —a la larga— escasa prudencia política. Que veamos muchas de sus actuaciones y algunas de sus ideas con simpatía no creo deba absolver de las irresponsabilidades que allí también se profirieron.

Un adversario de ellos, el marqués de Miraflores, recuerda con qué prevención eran vistos los clubs en Gran Bretaña. Trataba éste de evitar la intervención francesa, y en enero de 1823 sugirió al Gobierno de Madrid moderación en tres puntos: libertad y seguridad a la persona del rey; dar alguna fuerza y libertad de acción al poder ejecutivo; «sustraer las deliberaciones de las Cortes al influjo de los clubs que las atemorizan» (13). El interesante libro de Miraflores —cuya reedición sería un acierto— relata los intentos de Londres para que el Gobierno de Madrid llegara a una «útil transacción», y es útil, recordemos, cómo el embajador británico en Madrid escribía a Canning el 7 de febrero de 1823: «Se ha ganado un punto importante, cual es el de haberse cerrado la Sociedad Landaburiana. Si a esta medida sigue la amnistía general, tendré la esperanza de obtener el principal objeto, que es de impedir una guerra continental» (14).

Entendía la Embajada británica, todavía en marzo de 1823, que si el Estado liberal hubiera concedido una amnistía todavía sería posible evitar la invasión francesa (15). No es que pensemos que la opinión británica fuese la mejor o más digna de ser seguida, o que fuese desinteresada, pero es evidente que era la voz del único amigo que fuera de sus fronteras tenía el gobierno de Madrid y la voz de un país favorable a la consolidación de la España liberal. Llegó la humillante intervención extranjera, y su secuela de retroceso político difícil de recuperar y su retorno al *casticismo*.

Si el período puede y debe ser revisado, quizá un camino lógico sería el de hacer la crítica de los comportamientos de los individuos, tanto si fueron exaltados como moderados. Sería útil ver si, para tratar de defender a Riego, Romero Alpuente o Moreno Guerra, queda contrastado favorablemente su comportamiento en relación con sus

(13) El embajador inglés A'Court lo dice así al Gabinete de Londres. Citado por M. Artola en *La España de Fernando VII*, tomo XXVI de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1968 (p. 809).

(14) Marqués de Miraflores: *Apuntes histórico-críticos para escribir la Historia de España desde el año 1820 hasta 1823*, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834 (p. 160).

(15) Marqués de Miraflores: *Apuntes...* (p. 170).

contrincantes de entonces. En otras palabras: ¿Qué partido sacaron unos y otros del ejercicio del Poder? ¿Fueron más honestos los comuneros que los doceañistas, más honrados los exaltados que los anilleros? He ahí un campo de investigación útil para medir a unos y otros. Hace ya varios años que en el vecino Portugal comenzó ese proceso de revisión del liberalismo decimonónico. Conozco el resumen de la tesis doctoral en la Sorbona del historiador Victor de Sa (16), librito de 156 páginas, sin ninguna de desperdicio, en la que el autor denuncia el hecho de que en la correlativa revolución portuguesa de 1820-1823 y la reacción contra ella desde 1823 a 1833—pues es un momento en el que parecen calados los acontecimientos políticos de ambos países—la transferencia de propiedad pasó «dos antiguos señores feudais para os monopolistas do liberalismo» (p. 17). Según Victor de Sa, la venta de los bienes de la Iglesia y de los bienes de los vencidos en la guerra civil se hizo «a favor dos capitalistas admitidos à sua compra», que fueron precisamente los prohombres de la causa liberal (p. 19). Victor de Sa transcribe nombres y cifras de los acaparadores de bienes. Existieron también allí las Sociedades Patrióticas, y el historiador nos dice que subsistieron en 1836 y entonces pactaron con la Corte contra las fuerzas populares a las que abandonaron. La Masonería portuguesa llegó al Poder, pero para aliarse en él con el capitalismo y los intereses británicos, creando un «sofisma constitucional», todo ello «a espaldas da vontade popular» (p. 146). He aquí una crítica moderna y fecunda del liberalismo portugués que con toda probabilidad podría tener su paralelo en España. Recientes trabajos sobre nuestra Desamortización (17) son interesantísimos y esclarecedores, pero su enfoque no es el de la crítica de las conductas de los hombres del liberalismo. En todo caso, y a primera vista, no me parece que en España ocurriera lo que en Portugal, donde la nobleza antigua fue sustituida casi íntegramente por una aristocracia nueva, surgida de las grandes figuras de la revolución liberal portuguesa. Es como si en España no existieran ya las grandes casas ducales del tiempo de Austrias y Borbones y la aristocracia más rancia la constituyeran los bisnietos de Espartero, Mendizábal, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, etc. Aunque el caso no parezca similar parece indudable que—desde perspectivas más avanzadas que las clásicas de la historiografía liberal—se podrían estudiar los comportamientos liberales. Ya Gil Novales dice algo sobre Quiroga

(16) Sa da Costa: *A Revolução de setembro de 1836*, Lisboa, Publicações dom Quixote, 1969.

(17) Francisco Tomás Valiente: *El marco político de la desamortización en España*, Barcelona, Ed. Ariel, 1971. Francisco Simón Segura: *La desamortización española del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Hacienda, 1973.

—el principal pronunciado en Cabezas de San Juan—, a quien se adjudican importantes propiedades en Galicia, que esquilma (pp. 111 y siguientes). Queda por saber, uno entre varios, el caso de esa conocida familia de Valencia que antes de 1820 eran modestos industriales y después fueron banqueros y propietarios de los principales edificios monásticos de la provincia. Por supuesto, hay actitudes que aplaudir como la de sinceridad y honestidad de Mendizábal en relación con las adjudicaciones de la Desamortización, que F. Simón Segura señala explícitamente en las páginas 82 y 83 de su libro. Las conductas de la clase liberal, como tal clase, serían aporte interesante desde la perspectiva de hoy *.—PEDRO ORTIZ ARMENGOL (*Dirección General de Relaciones Culturales. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid*).

* No querríamos acabar sin escribir unas palabras en defensa del abate Sebastián de Miñano, a quien el libro de Gil Novales califica durísimamente como cínico, negociante en patrias, amancebado y otras linderas que nos parecen impropias. La muy inteligente figura del abate—un gran escritor, autor de uno de los libros satíricos más importantes de nuestras Letras, persona culta y refinada y grandísimo laborioso—merece, en nuestra opinión, otro trato. Su biografía es interesantísima; creyó que lo más urgente en este país era recortar el poderío eclesiástico y escribió la gran sátira oportuna que fuera un factor decisivo en la España de 1820, por la difusión y repercusión que obtuvo. Quiso practicar la libertad de prensa, pero le quemaron el periódico en la Puerta del Sol, y, con perfecta razón y derecho, pasó a la crítica de los hombres del sistema. Después se metió en su casa al ver que no era aquello lo que había esperado. Su talento le hacía necesario, y le reponía en situaciones perdidas. Hizo muchas cosas que a nadie se le ocurrió hacer antes que a él se le ocurrieran, y creyó que había que desarrollar la atrasada economía española, en lo que, sin duda, no le faltaba razón. Gil Novales le llama «sacerdote», palabra que vemos por vez primera aplicada a Miñano. No cita el interés de Baroja por esta figura apasionante sobre el que quien escribe estas líneas lleva unos quince años reuniendo todos los datos que le salen al paso. Odiado por igual por los exaltados y por los absolutistas, sus idiomas y talentos hacen de Miñano una curiosa figura en la sombra, en la selva de nuestro siglo XIX. Según un rumor, que Baroja recogió de fuentes familiares, Miñano estaba próximo al protestantismo al final de sus días.

UNA POESIA OLVIDADA DE GABRIELA MISTRAL

En 1924, durante una estancia de Gabriela Mistral en España, el Pen Club, que desde su fundación la contaba entre sus socios de honor, le ofreció un homenaje en el Hotel Savoy de Madrid. Era presidente del Pen Club en aquel entonces Ramón Pérez de Ayala. La presentó Enrique Díez Canedo; Eduardo Marquina leyó poesías de la homenajeada y María de Maeztu hizo una semblanza de ella. Otros muchos intelectuales españoles, así como diplomáticos hispanoamericanos, asistieron a este homenaje. Gabriela Mistral leyó una poesía compuesta para ocasión tan señalada.

Al día siguiente el periódico *El Sol* publicó la poesía con amplia información del acto. Guardé hasta hoy el recorte del poema, y en

la memoria varios versos de él. No tuve la precaución de anotar la fecha, y ahora he dedicado varias mañanas en la Hemeroteca para buscar el número de *El Sol* en que aparece: 17 de diciembre de 1924.

Llamo olvidada a esta poesía porque no se cita en el libro *Gabriela Mistral. Persona y poesía*, de la ilustre hispanista puertorriqueña Margot Arce, ni la incluyó Federico de Onís en su *Antología* de la poesía española e hispanoamericana y, sobre todo, porque tampoco figura en las *Obras completas de Gabriela Mistral*, reunidas y prologadas por la exquisita poetisa uruguaya Esther de Cáceres. Sin saber que había tal ausencia en su libro, hablando un día con Esther, le recité algunos versos del poema y se mostró desolada por haberlo desconocido hasta entonces.

El único libro de que yo tenga noticia en que está reproducido íntegramente, y con el título de «Salutación», es *Nubes blancas*, colección de poesías de Gabriela, publicado sin fecha en Barcelona, que ha debido de tener poca difusión: no lo he visto citado en ningún trabajo sobre la autora.

* * *

Cuando años más tarde volvió Gabriela Mistral a Madrid con un cargo diplomático de su país, me fue dado conocerla. Venían con ella la mejicana Palma Guillén y Margot Arce, compañera mía años atrás en los cursos de doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Fue Margot quien me introdujo en el pequeño círculo de amistades que visitaban a Gabriela en su piso de la calle del Doctor Castelo. Era Gabriela en apariencia inexpresiva, impassible, pero muy pronto se descubría en ella su profunda y sensible cordialidad. No era muy frecuentada su casa por los jóvenes poetas españoles—de lo que ella se quejaba—. Atraídos por la poesía de Neruda, que residía por entonces en Madrid, no daban el relieve merecido a la extraordinaria poetisa chilena.

Una de las tardes en que nos reuníamos en su casa le pedí que leyese alguna de sus poesías, pero ella prefirió que fuese Palma quien las recitase. Días después le dije que lo que yo querría era oír la poesía en la voz del poeta, y accedió de buen gusto. No olvidaré su voz grave, pausada, su articulación en el fondo de la boca: todo ayudaba a hacer más impresionante, hasta la asonancia en -a-o del poema elegido, la lectura de «Pan», recientemente compuesto entonces. Cuando lo leo de nuevo no puedo dejar de «oír» la resonancia de su voz.